

PENSAR EL OTRO, VIVIR CON EL OTRO

JOSÉ LUIS LÓPEZ LÓPEZ

Si nos preguntamos acerca de cuáles son las cuestiones, los problemas, los retos que se le plantean a nuestro nuevo siglo (tan desdichadamente inaugurado por lo que llevamos viendo), tal vez, en el fondo, nos encontremos con que todos ellos, sean los que fueren, nos conducen una y otra vez a una misma raíz común. Se trata de una pregunta fácil de enunciar: ¿cómo conseguir la reconciliación de lo **diferente**, sin eliminar la **diferencia**?

Lo malo de las preguntas fáciles de enunciar es que, aparentemente, la respuesta es sencilla, pero siempre en abstracto. Pero esta pregunta no es abstracta. No se interroga en ella acerca de una generalidad vagamente retórica, que se pueda contestar con las grandes palabras vacías de lo políticamente correcto. Ni acerca de una situación "ideal", que se resuelva con una construcción arcádica de la mera imaginación ingeniosa. Ni siquiera se inquiera con esta pregunta acerca de unas convicciones ético-sociales, que se intenten alcanzar con el entregado y generoso, pero ingenuo, voluntarismo de los corazones bien intencionados.

No: esa pregunta, fácil de enunciar en la lisa superficie del lenguaje, es una pregunta dura, ardua, dolorosa, concreta, que sólo puede ser contestada adecuadamente desde la intensidad de nuestro mismo cuerpo, individual y social; nuestro "gran cuerpo" que incluye la sangre y los huesos, el trabajo de pensar, la fatiga de actuar, el impulso ético de la dignidad, la astucia estratégica, la enojosa contraposición entre los medios y los fines... Se trata de una pregunta "total", que exige la lucha de todas nuestras facultades; una lucha larga, rigurosa y siempre vigilante.

La responsabilidad de ser invitado a un foro como este en calidad de filósofo, obliga a dejar de lado todo sentimentalismo, todo deseo meramente subjetivo. Pero esta responsabilidad no es indiferente, sino que debe dirigirse a la raíz oculta y tratar de desenterrarla, para enfrentar la cuestión con todas sus perplejidades y sus complejas perspectivas.

Primero: la *diferencia*. Nadie, salvo en la peor de las pesadillas, ha visto ni quiere ver un mundo en el que no exista lo diferente. Ese sería un mundo de clones perfectos, en el que no cabrían los pronombres: ni "yo", ni "tú", ni siquiera "ella" o "él". La Naturaleza nos lo dice desde siempre: no hay, no ha habido, ni habrá, ni siquiera dos hojas de árbol iguales. Nunca se repetirán dos seres humanos, desde el comienzo hasta el fin de los tiempos. Incluso las duplicaciones clónicas sólo pueden ser idénticas por un instante, ya que, al momento siguiente, las infinitas condiciones del entorno las harán ir variando sutil, pero inexorablemente; ya que no se puede fabricar todavía un entorno también clónico. Y si eso fuera alguna vez viable, el resultado sería la monotonía absoluta, la absoluta indiferenciación: el horror.

Segundo: si la diferencia es indispensable, si su falta es inimaginable, si es el signo de la vida, ¿por qué es, entonces, la fuente de todo conflicto, desde las simples antipatías individuales, pasando por las peleas de las bandas callejeras, hasta las injusticias clasistas, racistas, sexistas, que alcanzan su límite extremo en la tortura, la guerra y el genocidio?

Esos dos enunciados sobre la diferencia, tan ciertos como antagónicos, pueden conducirnos a diversas conclusiones:

- a) **La cuestión no tiene arreglo:** la "solución" para los desesperados, escépticos y cínicos. Tras la consabida frase "el mundo es así...", se oculta la actitud más cómoda, sobre todo para los que no sufren en absoluto las desventajas de la diferencia (los prepotentes); y también para los que no padecen de modo agudo la discriminación negativa que la diferencia puede suponer (los resignados).
- b) **Hay diferencias y "diferencias".** Unas son permisibles y tolerables; otras no. Por consiguiente, todos deben adaptarse y aceptar sólo las aceptables. -Y ¿cuáles son las aceptables? -Las que aceptamos nosotros. -¿Y quienes son "nosotros"? (habrá que volver sobre esa pregunta, aunque podemos sospechar que la respuesta es de los "conformistas" con lo que hay, en distintos grados: desde los intransigentes de lo "nuestro", hasta los tibios compasivos que están dispuestos a aceptar las diferencias que no les produzcan excesivas molestias).
- c) **Si aceptamos que todos los seres humanos son iguales, todas las diferencias que nazcan de la libertad son legítimas y tienen el derecho a ser respetadas.** Bien: esta es la conclusión generosa, "progresista", solidaria. Pero no tan deprisa: no es lo mismo decirlo que llevarlo a cabo, con todas sus consecuencias.

Tercero: tienen que irse constituyendo, a través de reformas sociales, económicas y culturales, la teoría y la práctica de un nuevo *Contrato Social de la Humanidad*. En el papel, tenemos un punto de partida: la *Declaración*

Universal de los Derechos de la Persona. Con más de medio siglo de vigencia, no puede decirse que se cumpla "universalmente". Pero, aún así, la existencia misma de la *Declaración* hay que tomarla como un primer paso, al que no hay que renunciar, sino que debe tomarse como punto de apoyo para los siguientes: nunca hay segundo paso sin primero.

Cuarto: no hay que engañarse: Carlos Marx ("cuántos crímenes cometidos en tu nombre"; pero también en los de Abraham, Jesús y Mahoma ¿no es cierto?) tenía razón en algunas cosas fundamentales. Por ejemplo, la primacía de lo económico no es más que la traducción de la universal propensión egoísta de los seres humanos: queremos *vivir bien*, sin atormentarnos excesivamente con el interrogante de a costa de qué o de quiénes. "Vivir bien" significa disfrutar de "bienes": unos, inmediatamente materiales (el sustento, el hogar, el vestido), y otros no tan aparentemente "materiales" (la seguridad, la educación, el ocio, la cultura...). Ninguno de estos bienes, ni "materiales" ni "espirituales" están al alcance de los únicos pobres verdaderos, que son aquellos que lo son contra su voluntad. Ni el monje cristiano o budista más austero es realmente pobre, porque lo que es, lo es por elección, y tal vez su elección, si es libre y auténtica, lo hace especialmente "rico"; del mismo modo que abstenerse de comer para adelgazar, por motivos estéticos o de salud, es "dieta", y no "hambre".

Así pues, el primer estrato de las diferencias reside en la situación económica mundial: el desarrollo desigual, la acumulación de la inmensa mayor parte de la riqueza en unas pocas manos, la situación de extrema pobreza para muchos seres humanos, y, entre estos extremos, el *colchón* de un sector medio de la población, con posiciones entre muy holgadas y muy modestas, pero sin llegar a la miseria (sector al que probablemente pertenecemos todos los presentes). Todo eso es una historia sobradamente conocida.; por tanto, la lucha social y política por conseguir un orden económico más justo tiene que estar en la base de todo proyecto solidario.

Quinto: por consiguiente, el *otro* es, en primer lugar, el **paria** social. Cuando pensamos en el término "inmigrante" no nos representamos al empresario, ni al ejecutivo, ni al trabajador cualificado que viene a establecerse entre nosotros. Y la prueba de que la diferencia de clase sigue siendo fundamental es que **no** nos preocupa grandemente ni la etnia, ni la cultura, ni la religión de esas personas.

Pero tenemos que adquirir una conciencia clara y precisa del **sujeto** al que se refiere la frase anterior: "*no nos preocupa*" ¿A quiénes no nos preocupa? Precisamente a *nosotros*, a los que estamos aquí y a los que son semejantes a los que estamos aquí: esa franja media, el *colchón* entre la extrema riqueza y la extrema pobreza, somos nosotros mismos. Y los choques con los parias de la tierra los protagonizamos directamente nosotros. ¿Quién se enfrenta con los inmigrantes en El Ejido? ¿Quién es ese francés, uno de cada cinco, que ha votado a la extrema derecha? No es el gran capitalista, el poderoso de este mundo, que vive en un reducto material y mental a años luz de los inmigrantes

parias y de nosotros, la población media, más o menos próspera o modesta. Somos muchos de nosotros, si vivimos en El Ejido, los que no queremos a los inmigrantes africanos. Somos uno de cada cinco de nosotros, si somos franceses, los que votamos a la extrema derecha. No debemos creer que somos inocentes con derecho a acusar: entre nosotros están los culpables. Los culpables, que son, simultáneamente, víctimas: víctimas del miedo, de la manipulación, de la ignorancia.

Sexto: si no tomamos conciencia activa, interiorizada, de que somos la jauría del gran capital, de los poderes ocultos e innominados que establecen la lógica de la desigualdad, nos comportaremos como perros que creen defender su propia presa, frente a los que vienen "de fuera" para arrebatárnosla, al menos en parte.

¿Qué hacer, entonces? La primera conquista que debemos emprender, si queremos ser **responsables**, es decir, si queremos **responder** como mujeres y hombres libres y autónomos, sencillamente humanos, es la de nuestra propia **diferencia**. Ya es una gran diferencia la capacidad de ejercer *realmente* nuestra autonomía, nuestra condición de personas, venciendo el temor, la manipulación y la ignorancia. Pero recuérdese la afirmación del novelista John Le Carré: *hay que tener una actitud de héroe para conseguir llegar a ser medianamente decente*. Ser diferente requiere un esfuerzo de "heroicidad" cotidiana, persistente, humilde, la más difícil, pero quizá la mas grande de todas las heroicidades.

Sólo si somos diferentes podremos comprender a los diferentes. Sólo si brota de nuestro impulso más genuino la necesidad de ser "nosotros mismos", podremos llegar a ser capaces de comprender que ser "uno mismo" es únicamente factible desde la diferencia. Para pensar al **otro**, es indispensable que nosotros seamos *otros*. Toda discriminación, toda injusticia contra lo diferente nace del gregarismo, del espíritu del rebaño. Tenemos que salir del rebaño: así y solo así (y se trata de una tarea titánica) podemos comprender la diferencia. Porque solo se comprende, solo se siente, lo que se vive.

Séptimo: ¿de qué se trata, pues, cuando hablamos de multiculturalidad? A mi juicio, es una cuestión de grados. En una comunidad "normal", aparentemente homogénea, hay ya una buena dosis de diversidad cultural. ¿Cómo puede comprender un sevillano, amante de la tradición de su Semana Santa, que sus parámetros de identificación, de emoción, de experiencia vital, son *análogos* a los de un gaditano enamorado de su Carnaval? O al revés. Parece escandalosa esta comparación, pero es exactamente ilustrativa. Y los ejemplos podrían multiplicarse indefinidamente.

Entonces de lo que se trata es de **ampliar** nuestro marco de comprensión. ¿Sería concebible la celebración callejera de una fiesta musulmana o judía o budista en la misma ciudad que está habituada a la Semana Santa o a la procesión del Corpus, con el mismo respeto y consideración, en unos casos y en otros? Creo que sí, que sería posible, si esa ciudad se llegara a convertir en

una ciudad multicultural. ¿Y por qué no habría de llegar a convertirse, si los movimientos migratorios confluyeran en ese sentido?

Octavo: pero —se puede argüir— eso ocurre en el plano de las celebraciones; más ¿qué ocurre cuando las diferencias culturales son más profundas? Las sociedades occidentales, principales receptoras de inmigrantes, tienen fiestas, pero también *valores, principios y leyes* que deben ser acatadas por los nuevos habitantes.

¿Pero qué “valores”, qué “principios”, qué “leyes”? ¿Tienen acaso una validez universal, o, simplemente, se trata de que son **nuestros** valores, **nuestros** principios y **nuestras** leyes, y de que **en mi casa mando yo**? No es fácil la respuesta en la práctica, ni la multiculturalidad se puede establecer súbitamente, por decreto o por la fuerza. Pero, aunque lentamente, el mundo camina (es más: debe caminar, a mi modo de ver) en esa dirección.

Noveno: el último reducto de la resistencia a la diversidad es la de que, en último término, se podrían aceptar todas las variantes de la diversidad, excepto las que atentan contra los derechos humanos. Y es cierto. Pero, aunque esté perseguida por nuestras leyes como delito ¿va la poligamia, o la poliandria, si es aceptada libremente por las partes “contratantes”, contra los derechos humanos? ¿O el que las mujeres, si lo hacen libremente, se cubran con un velo? Decía una pintora marroquí que la poligamia musulmana es mucho menos grave que la desatención, el abandono y el menosprecio hacia los ancianos, propia de esto que llamamos el “Occidente civilizado”. E incluso —y tocamos terrenos altamente resbaladizos— incluso prácticas que nos parecen decididamente intolerables, y que deben ser abolidas, tienen que serlo a través de la persuasión y de la comprensión. La famosa ablación del clítoris es uno de los ejemplos extremos. Pero recordaba el antropólogo almeriense Francisco Checa no hace mucho, que hasta esta práctica no es el resultado de la crueldad arbitraria de un torturador sin escrúpulos, sino que tiene determinados motivos culturales, sin duda equivocados. Y sería más conveniente convencer acerca de lo erróneo de los motivos, en lugar de decretar, desde nuestro trono de “civilizados” que eso es algo propio de bestias infrahumanas. ¿Y las torturas, y las guerras, y la muerte por inanición de niños inocentes, consecuencia directa de la voracidad del civilizado Occidente, cómo habría, entonces que calificarlas?

Décimo: señala Richard Rorty que hicieron más por la emancipación de los niños que trabajaban en los terribles telares ingleses las novelas de Dickens, y su descripción de casos **reales**, aunque fueran a través de los medios de la ficción, que todos los tratados de sociólogos, moralistas, predicadores y tratadistas políticos. El advenimiento del mundo multicultural, el mundo de las diferencias, que tiene que pasar primero por la corrección de la injusticia socioeconómica, se llevará a cabo mediante la construcción de **relatos**, de **narraciones** concretas que nos hagan percibir el nuevo modo de organizar la vida social. Habrá muchos ensayos, habrá muchos errores, pero el peor de

todos, el único imperdonable, es no intentarlo. Y los relatos de la diferencia pueden ser novelas, filmes, obras de teatro; pero también podemos empezar a construir la nueva narración a través de **experiencias** concretas y reales, en las que la inteligencia, el diálogo, la imaginación, la esperanza y la valentía moral serán ingredientes indispensables. Ese, creo, es el caminar que nos llama, porque los caminos no están aún abiertos.